

# Alberto Barrera Tyszka

## PATRIA O MUERTE

*colección andanzas*

PREMIO  
TUSQUETS  
EDITORES DE NOVELA



TUSQUETS  
EDITORES

# PATRIA O MUERTE



*colección andanzas*

1.ª edición: noviembre de 2015

© Alberto Barrera Tyszka, 2015

Diseño de la colección: Guillemot-Navares  
Reservados todos los derechos de esta edición para  
Tusquets Editores, S.A. – Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona  
[www.tusquetseditores.com](http://www.tusquetseditores.com)  
ISBN: 978-84-9066-192-5  
Depósito legal: B. 22.962-2015  
Fotocomposición: Moelmo, S.C.P.  
Impresión: Romanyà Valls, S.A.  
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

El sonido del teléfono raspó la noche.

Miguel Sanabria no lo escuchó. Estaba en el baño, cepillándose los dientes. Beatriz, su mujer, se encontraba en la sala, viendo la televisión. Ella lanzó un grito y, sin apartar los ojos de la pantalla, le avisó que alguien estaba llamando. La palabra teléfono cruzó como una pedrada por el pasillo. Sanabria atendió. Era su sobrino Vladimir, estaba agitado, nervioso; hablaba como si las letras tropezaran dentro de su boca. Tenemos que vernos, dijo. Y Sanabria respondió: cuando quieras. Y Vladimir dijo: lo antes posible. Y Sanabria preguntó qué pasaba. ¿Es urgente? Y Vladimir contestó que sí. Muy urgente. Estoy aterrizando. Acabo de llegar de La Habana, dijo. Y Sanabria ya no dijo nada más.

No sabía puntualmente de qué se trataba pero tenía la absoluta seguridad de que esa emergencia estaba relacionada con la enfermedad del Presidente. Hacía más de un año, en una noche parecida, el 30 de junio del 2011, también su sobrino lo había llamado justo después de que Hugo Chávez anunciara por televisión que tenía cáncer.

—¿Lo viste? ¿Lo escuchaste? —preguntó en esa ocasión Vladimir.

Sanabria acababa de cumplir setenta años y se había jubilado del Instituto de Investigación Clínica de la Uni-

versidad Central. Era oncólogo, había dedicado gran parte de su vida profesional al estudio y a la docencia. Al final de su carrera, se interesó cada vez más en asuntos ajenos a los quirófanos y a las jeringas. Estableció un convenio con la Universidad Complutense de Madrid y logró que se abriera en el país la posibilidad de incorporar la oncopsicología como materia en el p<sup>en</sup>sum académico de la Facultad de Medicina. El tiempo, como a todos, lo había vuelto más flexible. A la hora de su retiro, pensaba que la ciencia no era suficiente para aprender a relacionarse con el cuerpo.

—¿Qué te parece? ¿Qué piensas? —Vladimir había seguido preguntando, con terca insistencia.

No supo qué decir. Reconocerse en una enfermedad, nombrarla como propia, produce un hechizo emocional directo. Un tumor te convierte en víctima de manera instantánea. Pero Sanabria no quiso comentar nada. No deseaba comprometerse demasiado. Sabía que su sobrino, del otro lado de la línea, se encontraba inquieto, muy pendiente de su respuesta. Siempre habían tenido una relación especial, muy cercana, y ambos habían logrado que, durante todos esos años, ese lazo afectivo sobreviviera a la polarización política. Vladimir era un funcionario de confianza del gobierno. Sanabria jamás había votado por Chávez.

Tampoco estaba con el mejor ánimo. Después de dejar la universidad, Sanabria había comenzado a sentirse cada vez más inestable. Pasaba de la ansiedad a la melancolía con frecuencia y con rapidez. Y con la misma frecuencia y con la misma rapidez volvía de la melancolía a la ansiedad. Como si nada. Sin razón aparente, se sentía frágil, indefenso. A veces se despertaba en las madrugadas asustado, como si lo hubieran sorprendido en medio de una

fuga. Beatriz dormía a su lado, plácidamente. Sanabria entonces se incorporaba e iba a la cocina. Solía sentarse en un taburete y tomar una mandarina de la cesta. Oía los carros cruzar, a lo lejos, por la autopista. Se quedaba un rato mirando hacia las sombras mientras le arrancaba la piel a la fruta. Sentía cómo su olor penetrante y cítrico iba empujando el olor de la noche, el olor de las sábanas, el olor de ese sueño del que había vuelto a escapar. Morder la carne mórbida lo tranquilizaba. Hincar el diente y sentir saltar el jugo de la mandarina sobre su lengua le devolvía una extraña calma. A veces, también, se despertaba con unas inexplicables ganas de llorar. Y eso empezaba a repetirse, a ser más constante. Cada vez eran más los días en que se despabilaba en plena madrugada con ese desconuelo atascado en la garganta. En algunas ocasiones se quedaba acostado durante un tiempo, deseando que la tristeza pasara de largo. Aspiraba hondamente y luego contenía el aire en sus pulmones, como si estuviera haciendo ejercicios de respiración dentro de una piscina. Cerraba los ojos. Los abría. Como si despertar fuera lo mismo que hundirse.

Al principio, creyó que se trataba de una crisis pasajera que tenía que ver con cumplir setenta años, con el retiro. Pensó que el insomnio era una forma de duelo. Gradualmente fue entendiendo que se encontraba ante un desequilibrio mucho mayor. Justo lo que tanto había tratado de evitar, por fin, estaba llegando: el país. Sanabria había pasado más de diez años tratando de vivir en las orillas de la realidad, esquivando los conflictos, intentando que eso que llamaban la Revolución no lo tocara. Había resistido todas las dificultades, las peleas familiares, las discusiones en la universidad, incluso la ida de su hija Elisa a Panamá, manteniéndose siempre aferrado al sentido común, deslindán-

dose de los radicales de lado y lado, pensando que todo lo que ocurría era parte de un desajuste provisional que, más temprano que tarde, terminaría resolviéndose y regresando a la normalidad. Pero entonces comenzaron a aparecer las mandarinas en las madrugadas y las inexplicables ganas de llorar. Comprendió que ya estaba saturado. En el fondo, estaba cansado de la historia. Sentía que Venezuela era una mierda, un derrumbe que ni siquiera llegaba a ser país. Creía que la política los había intoxicado y que todos, de alguna manera, estaban contaminados, condenados a la intensidad de tomar partido, de vivir en la urgencia de estar a favor o en contra de un gobierno. Llevaban demasiados años siendo una sociedad preapocalíptica, una nación en conflicto, siempre a punto de explosión. Todos los días podía suceder un cataclismo. Conspiraciones, magnicidios, guerras, atentados terroristas, fusilamientos, ejecuciones, sabotajes, sublevaciones, linchamientos... Todos los días podía acontecer una hecatombe. El país siempre estaba a punto de estallar pero nunca estallaba. O peor: vivía estallando lentamente, poco a poco, sin que nadie se diera demasiada cuenta.

Administrar la destrucción: enterrar la uña en la piel de una mandarina.

Beatriz era mucho más directa: pensaba que Elisa se había ido a vivir a Panamá por culpa de Chávez. Creía que si otro tipo de gobierno mandara en el país, su única hija no se habría visto obligada a emigrar. Elisa y su marido y el pequeño Adrián habían decidido aceptar una oferta laboral y se habían trasladado a Ciudad de Panamá. Vivían en el piso 42 de un edificio con vista al mar y al calor

y a la humedad mientras, en Caracas, Sanabria y su esposa aprendían a ser abuelos a través de la pantalla del computador.

La noche que Chávez anunció su enfermedad, Beatriz se sintió vengada.

Sanabria evocó aquel momento. Como si la llamada telefónica de su sobrino hubiera pellizado de pronto su memoria. Le pareció increíble que apenas hubiera transcurrido un año y medio. Sentía que había pasado más tiempo. A principios de junio del 2011, Chávez había interrumpido una gira internacional y desde el día 6 se había recluso en Cuba. Luego, el gobierno informó que cuatro días después el Presidente había sido operado de un absceso pélvico en un hospital de la isla. La noticia tomó al país por sorpresa. La sorpresa muy pronto se transformó en desconcierto. Se vivía un raro clima de conflictos y las informaciones sobre Chávez eran poco claras, incluso contradictorias. Las preguntas se multiplicaban. Aquella noche, Sanabria y Beatriz se encontraban en la sala, mirando el mensaje del mandatario en la televisión.

—Capaz de que todo es mentira —masculló Beatriz—. Un invento de los cubanos para distraernos.

Sanabria permaneció en silencio, observando.

Chávez lucía flaco y pálido. Se encontraba de pie, tras un podio, y curiosamente leía un texto escrito en vez de improvisar frente a las cámaras. Era insólito que un hombre tan propenso a hablar durante horas frente a cualquier auditorio estuviera constreñido a unas pocas letras, fuera de pronto rehén de un pequeño pedazo de papel.

—No le creo nada —comentó ella.

Sanabria trituró un silbido entre sus dientes, pidiéndole silencio. Quería oír.

El Presidente dijo que le habían realizado una interven-



ción, que le hicieron un drenaje; contó que el 20 de junio debió someterse de nuevo a otra operación, ya que había sido detectada la existencia de un «tumor abscesado con presencia de células cancerígenas».

—¿Tumor abscesado? ¿Eso existe? —Beatriz preguntó sin mirar a su marido.

Chávez indicó que el tumor se había extraído totalmente y que él se encontraba ya en franca y entusiasta recuperación. Luego comenzó a hablar de la patria y de sí mismo, de sí mismo y de la historia, de la revolución y de sí mismo, de sí mismo y de Fidel Castro, hasta terminar con un nuevo grito de batalla: «¡Por ahora y para siempre! ¡Viviremos y venceremos!».

Beatriz arrugó el ceño, se puso de pie y exclamó:

—Si es verdad: ¡bien hecho, carajo! ¡Se lo merece!

Miguel Sanabria miró a su mujer severamente, con un reclamo en cada pupila.

—Y no me mires así —continuó ella—: el tipo es una mierda y le ha hecho mucho daño a todo el país.

—Nadie se merece un cáncer, Beatriz.

—¡Eso crees tú! —dijo, mientras se dirigía a la cocina. Después de unos segundos, su voz todavía quedó flotando en el pasillo—: Quizás sea un castigo de Dios.

Sanabria meneó negativamente la cabeza, detestaba escuchar a Beatriz hablando de esa manera. Él estaba en contra del mandatario pero era incapaz de compartir esas opiniones, esos sentimientos. Se sentía, más bien, impresionado. Chávez no había permitido que ningún médico hablara, no le había dado chance a especialista alguno, como solía ocurrir en cualquier otro lugar del mundo en una situación similar. Aun desde la fragilidad, se empeñaba en mantener el control. No había dejado que le robaran protagonismo. Mucho menos en ese momento, en esas circuns-

tancias. Acababa de mandar también otro mensaje, estaba dejando claro que la única voz autorizada para hablar de su cuerpo era la suya. Que él era el único dueño de su enfermedad. Que él gobernaba, también, sobre el saber clínico, sobre la ciencia, sobre lo que podía conocerse y decirse a propósito de su salud. En el fondo, estaba dejando claro que, incluso desde un quirófano, seguiría haciendo política.

—¿Quién llamó? —Beatriz se acostó en la cama junto a él, comenzó a estirar la cobija sobre su cuerpo.

—Vladimir.

Beatriz detuvo sus manos y deslizó lentamente su rostro. Había un ansia discreta en su mirada.

—¿Se sabe algo?

Un año y medio después, esa decisión permanecía intacta. El 8 de diciembre del año 2012, Chávez se dirigió al país para avisar que nuevamente debía someterse a otra operación. No habló ningún médico, no citó ninguna referencia clínica. Era solo él, como siempre, anunciando por primera vez la posibilidad de su ausencia. En ese momento, Vladimir formaba parte de un equipo de asesores de la Secretaría de la Presidencia. Viajó a Cuba con la comitiva que acompañaba al Presidente. Y a los pocos días estaba de regreso. Y lo primero que había hecho, apenas aterrizar, era comunicarse con su tío. Sin duda, tenía que ser por algo urgente.

—¿De verdad no te contó nada? —preguntó Beatriz antes de apagar la luz.

Sanabria propuso un gesto vago, aburrido. No quería contarle nada. Beatriz últimamente se encontraba demasia-

do ansiosa. La incertidumbre solo alimentaba su intolerancia. Mentirle era lo más saludable.

—Vladimir me dijo que todo había salido bien, normal.

—Aquí nada es normal.

Volvió a despertarse demasiado temprano. Apenas eran las tres y media de la madrugada. Se mantuvo sentado en la mesa de la cocina, escuchando a la distancia los carros que cruzaban por la autopista, y apretando en su mano izquierda una mandarina.

—Estamos preocupados —le había dicho su sobrino.

El plural siempre es ambiguo. ¿Quiénes eran ellos? ¿A quiénes se refería exactamente? Las informaciones sobre los resultados de la operación no eran claras. La salud de Chávez seguía siendo un enigma, y el hecho de que hubiera dejado abierta la posibilidad de un fracaso, el hecho de que hubiera designado un probable sucesor, le añadía un sudor frío al misterio. Las calles estaban llenas de rumores.

—Necesito que me ayudes, tío.

Sanabria tuvo un mal presentimiento.

—¿Salió bien de la operación? —preguntó.

Vladimir no respondió. Del otro lado del teléfono solo hubo un breve vacío, el eco lejano de un gesto. Sanabria no soportó la pausa.

—¿Qué quieres que haga? ¿Quieres que vea más exámenes?

Ya antes, en algún momento, su sobrino le había llevado algunos resultados clínicos, pidiéndole a Sanabria una opinión sobre el caso.

—No, tío. Esto es otra cosa —dijo Vladimir. Era evi-

dente que estaba nervioso—. Es algo confidencial. Muy confidencial —repitió—. ¿Puedo confiar en ti?

Sanabria dijo que sí. Pero sintió que la lengua se le llenaba de arena.

—¿Qué necesitas?

—Necesito esconder una caja.



Al abrir su correo, se encontró con una carta que comenzaba diciendo: «Estimado doctor Miguel Sanabria, tal vez usted no se acuerde de mí, soy Andreína Mijares, la dueña del apartamento 34». Ciertamente, no la recordaba. Cerró los ojos y repitió mentalmente el nombre. Se le hacía familiar, musicalmente familiar. Como si se tratara de un sonido antiguo que conocía pero que no lograba ubicar. Nada de eso, sin embargo, impidió que Andreína Mijares siguiera ahí, en la correspondencia del computador, relatándole sus penurias.

«Por motivos personales», escribía Mijares, «me vi obligada a viajar y a residenciarme en Miami. Las cosas lamentablemente no han resultado como esperaba y ahora estoy planeando volver a Venezuela. Desde que me fui, hace ya años, le alquilé mi apartamento a Fredy Lecuna. Resulta que llevo ya varios meses tratando de comunicarme con él, para ponerlo al tanto de mi regreso y planificar bien todo, pero, aunque parezca increíble, hasta ahora no he podido hacerlo. No sé si tengo mal su dirección de correo electrónico, no sé si el teléfono del apartamento está dañado, pero ha sido imposible localizarlo y todo ya me parece extraño y comienza a preocuparme. Gracias a un primo que habló con la conserje supe que usted es ahora quien dirige la junta de

vecinos y pude conseguir su dirección de correo. Supongo que usted sabe cómo está la situación en el país. Este diciembre estoy regresando y necesito mi apartamento. Por eso le escribo. Y créame que me da pena molestarlo con todo esto, pero, como le digo, cualquier comunicación con mi inquilino ha resultado imposible. Si pudiera ayudarme de cualquier forma, se lo agradecería mucho.»

Al retirarse del trabajo, Sanabria había aceptado presidir la junta de condominio del edificio. Pensó que era una forma de distraerse y de hacer algo útil. Jamás supuso que sería una labor demasiado exigente. Era un inmueble pequeño, de cinco pisos, dieciocho apartamentos y dos penthouses. Tenía el estacionamiento techado pero al aire libre y, detrás, un estrecho jardín, una suerte de gazebo con una planta de trinitaria al lado que, en temporada, derrochaba flores moradas.

Ingenuamente, Sanabria creyó que se trataba de una responsabilidad menor, que no le quitaría tiempo ni le generaría angustias. Se equivocó en ambos casos. Un grupo humano encerrado en los cinco pisos de un edificio puede ofrecer diversos tipos de infiernos. Hasta ese momento, todos habían sido menores. Pero el correo de Andreína Mijares, suspendido en la mitad de la tarde, le regaló un mal presentimiento.

Ubicaba muy bien a la familia Lecuna. Vivían en el tercer piso. Era un matrimonio joven con un solo hijo, Rodrigo, que debía rondar los nueve o los diez años. Pero a Andreína Mijares no podía recordarla. La memoria es tan arbitraria como la fantasía. Sanabria imaginaba la memoria como el fondo de un mar oscuro, azul o verde, donde de pronto se escurren sombras y aparecen o desaparecen personas desconocidas, objetos inesperados. ¿Por qué no había retenido una sola imagen de Andreína Mijares? ¿Por qué la había olvidado? ¿Por qué su memoria solo le ofrecía una marea inmensa, meciéndose lentamente?

—¿Cómo no te acuerdas de ella? —exclamó Beatriz—. Si una vez incluso la ayudaste con un problema de su carro en el estacionamiento.

Sanabria movió la cabeza con suave decepción. Nada.

—Una bajita, algo tímida —insistió Beatriz.

No. Sanabria solo sentía el movimiento de las olas entre sus orejas.

—¿Qué pasa con ella?

—Se regresa. Vuelve. Y, obviamente, quiere su apartamento.

—Se jodió —rezongó Beatriz—. Los Lecuna no se van a salir. No tienen adónde ir.

Fredy Lecuna era periodista. Trabajaba en la fuente de sucesos de uno de los principales diarios del país. Llevaba años persiguiendo crímenes y encerrándolos en una esquina de una página del periódico. Ya era un experto en el arte de escribir sobre un muerto: su nombre completo, su edad, su estado civil, su oficio. Después, sus causas, sus razones: asfixia, un arrollamiento, dos balazos, tres cuchilladas. Y las circunstancias, por supuesto: no es lo mismo acabar tus días acostado en una cama, en un motel de paso, que en plena calle, con una pistola en la sien, un poco antes de que te roben el automóvil. Siempre ayuda señalar algún detalle particular: decir que el muerto era calvo o destacar que llevaba puestos unos pantalones color mostaza puede marcar la diferencia. Hay que tratar de evitar los lugares comunes, las palabras típicas. Occiso es previsible, por ejemplo. Forma parte de una jerga monótona, que no llama la atención. La muerte también debe sorprender al lenguaje.



Desde que comenzó como pasante en el periódico lo asignaron a la fuente de sucesos. Al principio fue muy emocionante, llegó a pensar que ser reportero era una forma más decente de ser policía. Pero con los años todo se fue domesticando, incluso su capacidad de asombro, de indignación, de asco. Había tantos asesinatos todos los días, tantos robos, tantos secuestros, que podía sentarse y elegir el más provechoso, el que tuviera más posibilidades literarias. Siempre había algunos imprescindibles, obviamente. Como el caso del cabo Diosny Manuel Guinand, que fue torturado durante cuarenta y ocho horas, hasta su muerte, en un centro militar en el occidente del país. Ante eso, no existía ningún discernimiento. No se podía luchar contra un exceso de ese tipo. Era un delito invencible.

Poco a poco, aprendió a tomar distancias, desarrolló una suerte de segunda piel, una gelatina interior donde cualquier impacto pudiera rebotar o resbalar, algo que le impidiera involucrarse o comprometerse con las noticias. Era imposible estar cada día junto a una familia distinta, que lloraba de rabia y de impotencia por culpa de un asesinato, tratando de no sufrir con ella, intentando no conmoverse, haciendo lo imposible para no compartir esa tragedia como algo personal. No se puede estar tan cerca del dolor y seguir viviendo con normalidad. Según el Observatorio Venezolano de la Violencia, el año anterior se habían registrado 19.336 asesinatos en el país. Se escribía fácil. Diecinueve mil trescientos treinta y seis. Pero se trataba de una suma fatal, cuyo resumen sentenciaba que, durante el año 2011, se habían producido diariamente 52 homicidios en el país. Dos por hora. Las estadísticas del año que estaba por terminar amenazaban con ser aún mayores.

No hay suficientes periodistas para cubrir tanta sangre.

Cuando Sanabria fue a verlo para hablarle del correo que había recibido, Fredy Lecuna se encontraba solo en el apartamento. Su mujer estaba trabajando, Rodrigo estaba en el colegio. Era un miércoles a las once de la mañana pero Lecuna vestía como si fuera un domingo a las cuatro de la tarde.

—Desde hace tres meses no tengo trabajo. Me fui del periódico —dijo, mientras lo invitaba a pasar.

Le contó con detalles cómo la nueva línea editorial del grupo de empresarios que había comprado el rotativo había impuesto una mirada distinta sobre lo que podía ser o no ser noticia.

—No quieren que se hable de inseguridad, de violencia.

—¿Y entonces?

—Quieren informaciones positivas, buenas. Es pura autocensura —refunfuñó.

Cuando por fin llegaron al tema, reconoció que tanto él como su mujer habían recibido varias comunicaciones de parte de Andreína Mijares, llamadas telefónicas de familiares y amigos, correos electrónicos, incluso una carta dentro de un sobre que alguien, alguna vez, les había dejado con la conserje. Recibimos todo, aclaró, pero no podíamos contestar. No podemos hacerlo. Sanabria entendió que era una forma de anunciarle que tampoco iban a darse por enterados del recado que él mismo estaba trayendo en ese momento. Lecuna tenía sus argumentos:

—Compréndame, doctor, para nosotros también es difícil. No tenemos una respuesta. No podemos darle una respuesta. Es imposible mudarnos a otro lado. No tenemos dónde. No tenemos con qué. Aquí pagamos una renta más o menos manejable, ahora no conseguiríamos algo así en

ningún lado. Todo ha subido demasiado. Tendríamos que irnos fuera de Caracas. La vaina es complicada, doctor, no se crea. Y ahora yo no tengo trabajo. Y Tatiana es freelance. Mata tigres por ahí como diseñadora, pero nada más. Póngase en nuestro lugar.

Sanabria lo escuchó sin pestañear. Internamente lamentaba de nuevo haber aceptado el cargo de presidente de la junta de vecinos.

—Estamos aquí, tranquilos, o más bien más o menos tranquilos, apretados, como todo el mundo. Porque las cosas están cada vez más caras. Porque la plata no alcanza. ¿Usted sabe cuánto está costando el colegio de Rodrigo? Todo es una locura. Y entonces, de pronto, a esta señora se le ocurre devolverse de Miami, dice que ahora se tiene que venir y nos quiere sacar, así, a la cañona, diciéndonos tan solo que le fue mal, que las cosas no salieron como ella quería. ¿Y nosotros, ah? ¿Acaso nosotros tenemos la culpa de eso? ¿Nosotros nos tenemos que joder así nomás y listo? ¿Usted comprende lo que trato de explicarle, doctor?

Sanabria dijo que sí, que comprendía. Pero que también comprendía a Andreína Mijares. En cualquier caso, el apartamento era de ella y, al parecer, era inevitable su regreso. Pensaba que no tenía sentido seguir postergando el asunto, que tarde o temprano terminarían hablando con ella y buscándole una solución al problema. El periodista le dijo que no había solución. Eso pasa. A veces los problemas no pueden resolverse. Se quedan así para siempre. Y Sanabria entonces le dijo que Andreína Mijares de seguro no pensaba lo mismo. Y aún antes de irse, le repitió que lamentablemente no tenían muchas opciones, solo había una: salir. El apartamento es suyo, ¿qué pueden hacer?

Unos días más tarde, Fredy Lecuna recibió una revelación. Estaba recostado en el sofá mirando hacia el cielo de la tarde. Tenía modorra y no lograba dormirse. Su mirada se mecía pausadamente sobre el aire, yendo y viniendo, a punto de ingresar en esa zona espesa donde no se está ni dormido ni despierto, cuando de pronto apareció frente a él una idea fija. Como un insecto de neón. Brillante y verde. El periodista se incorporó sorprendido. Pensó en la desesperación. También pensó en las alucinaciones. Pero el insecto seguía ahí, flotando inquieto, delante de sus ojos. Era una idea simple, directa, luminosa: la solución a todos sus problemas era escribir un libro.

Fue una epifanía. Se levantó, casi eléctrico, de un golpe y llamó a Gisela Vásquez, una antigua amiga que trabajaba en la gerencia de una editorial importante. Habló de forma atolondrada, casi pidiendo auxilio, y consiguió una cita para el final de esa misma tarde.

—Solo tengo quince minutos —le advirtió aun antes de convidarlo a sentarse.

La oficina era amplia y derrochaba una imagen ejecutiva, eficaz: una mesa larga, casi desnuda, con dos teléfonos en la esquina izquierda y un amplio monitor, en el centro, donde destacaba un cuadro estadístico. A un costado, cerca de la puerta, se erguía un pequeño estante donde se apilaban las últimas novedades. Gisela Vásquez lo saludó con cariño y se sentó detrás de su escritorio, lo miró esperando una frase, la frase que debía explicar por qué Lecuna había pedido una cita de esa manera, con tanta urgencia.

—Quiero escribir un libro —dijo.

Pasaron unos segundos antes de que Gisela Vásquez sonriera con sorna, se levantara y se dirigiera hacia los anaqueles que se alzaban en la pared junto a la puerta. Sus tacones

sonaron. Un tictac demasiado puntual, que parecía gotear desde sus caderas.

—Todo el mundo quiere escribir un *best seller* —exclamó, al regresar, portando un libro en la mano.

Lo puso sobre la mesa y dio la vuelta para volver a ocupar su lugar. El ejemplar que estaba entre ambos era la tercera de una saga de novelas escritas por Erika Leonard, una autora inglesa, también conocida como Erika Mitchell o como E.L. James. Con una narrativa eficaz, abordando el erotismo femenino, había conquistado un éxito desproporcionado, tan detestable como envidiable para cualquier otro escritor. Lecuna no supo qué decir. Pensó, primero, en contarle lo que le había ocurrido, cómo esa misma tarde se había encontrado de repente con una revelación o con una epifanía frente a sus ojos. Un insecto de neón brillante y verde. Pero luego decidió que hablar de ese tipo de fenómenos en una reunión de trabajo era poco profesional. No podía decir que había hecho una semiesta con un relámpago y que por eso quería escribir un libro. Después pensó en que lo mejor era decirle la verdad, contarle que se había quedado sin trabajo, hablarle de Tatiana y de Rodrigo, del apartamento alquilado que tenían que abandonar, de la fragilidad económica en la que irremediamente se encontraban ya hundidos. Gisela Vásquez, sin embargo, no necesitó explicaciones. Parecía entender el contexto perfectamente, sin necesidad de detalles. Guardó en una gaveta el *best seller* de la escritora inglesa y comenzó a hablarle sobre el gran éxito de mercado que, últimamente, habían tenido algunos libros de periodismo. No se trataba de un éxito salvaje pero sí de un éxito moderado, era importante que él entendiera la diferencia. Lecuna dijo que sí, moviendo la cabeza. La movió tres veces seguidas y ya, más que decir que sí, dijo por supuesto. Sin demasiados rodeos, la editora le propuso escribir un libro

sobre una masacre ocurrida en una de las cárceles del interior del país, una pelea feroz entre pandillas que terminó con dieciséis muertos, algunos de ellos mutilados. Al jefe de la banda vencida le sacaron el corazón y lo degollaron. Lecuna conocía los hechos, había leído los reportajes. Su amiga dijo que la editorial podía ofrecerle un excelente anticipo, la empresa estaba segura de que un libro sobre ese tema sería un éxito de ventas sin precedentes. Lecuna dudó. No parecía demasiado optimista. Dejó caer sobre la mesa algunas preocupaciones sobre el acceso a la información, los riesgos y peligros que podía conllevar meterse con las mafias que se disputaban el control de las cárceles en Venezuela.

—Podrías usar un pseudónimo. Eso ocurre con más frecuencia de lo que cualquiera imagina —dijo la editora.

Y le habló entonces del caso de Juan José Becerra, un novelista argentino de culto que, usando el pseudónimo Mariano Mastandrea, se había hecho millonario escribiendo libros chatarra, llenando de títulos los estantes del género de autoayuda. Su notoriedad logró tales dimensiones que la editorial se vio obligada a contratar a un actor que viajaba por todo el mundo, dando charlas y firmando sensibles dedicatorias, como si fuera el verdadero escritor de los libros. Mastandrea llegó a ser tan absolutamente real que el propio actor terminó secuestrado por su personaje y se dedicó, de manera permanente, a vivir esa vida de escritor. Era una historia fascinante que ambos siempre negaban de manera testaruda. Mastandrea llegó incluso a demandar a una periodista que, alguna vez, redactó una nota sobre el caso. Becerra solo cedió en una entrevista para una radio alternativa. Fue en la ciudad de Junín, en el año 2001. Cuando le tocaron el punto, dudó, vaciló por unos instantes y luego comenzó a hablar de otros temas, con una mezcla de nervios y de resentimiento.

A Lecuna no le convenció el relato.

—No quiero publicar con pseudónimo —dijo—. Jamás lo he hecho.

La editora pareció resignada, hizo sonar sus dedos sobre el escritorio, pensó durante unos instantes hasta que:

—También tengo un proyecto con la modelo Zuly Avendaño, ¿la conoces?

El periodista sabía quién era pero no la conocía personalmente. Se trataba de una clásica modelo, un metro setenta y cinco de mujer, senos marca doctor Gómez Tejera, sonrisa eterna, ex Miss Venezuela, ex Miss Mundo, animadora de un programa de variedades de las mañanas en un canal de televisión.

—Queremos hacer un libro que se llame «Glamour al alcance de todos». La idea es que sea algo *nice*, tú sabes, una frivolidad ingeniosa. Anécdotas del mundo de la moda, *tips*... Nosotros te damos la información, tú lo escribes, ella lo firma, y listo. ¿Qué te parece?

Lecuna volvió a decir que no. Tampoco quería ser un escritor fantasma. Además, no sabía nada del tema. No se sentía cómodo con ese estilo, pensaba que no era capaz de escribir de manera liviana, insustancial. Mientras hablaba, la mueca de Gisela Vásquez iba mutando, delatando deliberadamente que se estaban agotando las pocas reservas de paciencia que tenía.

—Lo mío es la realidad, no la ficción —dijo Fredy Lecuna.

—Pues te equivocas: todo es ficción, incluso la realidad.

Luego permanecieron un momento en silencio, incómodos. Lecuna comenzó a sentir que la conversación había terminado, que eso era todo, que no había nada más allá de ese silencio. Y entonces ocurrió de nuevo. Aconteció un relámpago. Volvió el hechizo, la revelación. A Gisela Vásquez le relumbraron de repente los ojos.

—¡Lo tenemos delante y no lo estamos viendo! —exclamó.

—No entiendo.

—¿Y la enfermedad del Presidente? ¿Por qué no escribes un libro sobre Chávez?

Esa noche, en su apartamento, Fredy Lecuna se sirvió un whisky en un vaso largo, con bastante hielo y soda. Necesitaba pensar. Al fondo de la noche, los carros cruzaban por la autopista. Un poco más lejos, sonaron dos detonaciones. Recordó su trabajo, el oficio de contar la muerte. ¿Cuántas veces había escrito la palabra bala? En algunas ocasiones, después de escribirla, la miraba. Ensimismado. Casi llegaba a sentir que la palabra también lo observaba a él. Con cierto desafío, como retándolo. ¿Otra vez? ¿Cuántas veces había pisado con sus dedos cada una de sus letras?

Teclear bala: be a ele a. Escribir la muerte.

Escribir siempre sobre gente que termina, que desaparece.